

deraron de él y le dieron muerte: su cuerpo, recogido por sus discípulos, fué llevado al monasterio de Fulda.

IV.—Advenimiento de los Carlovingios. Reinado de Pipino el Breve (1)

En 747, Carlomán, después de confiar sus Estados y sus hijos á Pipino, marchóse á Roma, en donde fué ordenado sacerdote por el papa Zacarías, y se retiró luego al monte Soracte, fundando allí un monasterio; pero molestado en aquel retiro por las visitas de los señores francos que por Italia viajaban, establecióse en Monte Casino, allá por el año 750. La causa de tal retraimiento fué tal vez el remordimiento que en su ánimo dejara una gran matanza de alamanes sublevados que ordenó en 746, ó quizás simplemente la seducción que en aquella época ruda ejercía sobre muchas almas la vida contemplativa.

Cuando Carlomán partió para Italia, Grippón continuaba preso en Neufchateau; Pipino, creyendo que ya nada había de temer de él, mandó ponerle en libertad, pero Grippón entonces huyó al otro lado del Rhin y sublevó á una parte de Sajonia. En 748, acosado por Pipino, trasladóse á Baviera y usurpó el ducado á Tassilón, niño de siete años, hijo del duque recientemente fallecido, Odilón. Lantfredo, duque de los alamanes, y Siudger, conde del Nordgau, declaráronse partidarios suyos, en vista de lo cual Pipino llevó á Germania un ejército numeroso. Llegado á orillas del Inn, los bávaros le ofrecen someterse, ofrecimiento que él acepta, poniendo en su ducado á Tassilón y llevándose prisioneros á Lantfredo y á Siudger (749). En cuanto á Grippón, á pesar de que Pipino le perdonó y aun le otorgó doce condados en Neustria, siguió mostrándose rebelde y después de haber intentado atraerse al duque Waifro de Aquitania disponiase á pasar los Alpes para reunirse con el rey de los lombardos, cuando murió en Saint-Jean-de-Maurienne.

En el entretanto, los reyes merovingios se eclipsaban de día en día; los cronistas dejan de ocuparse de ellos

(1) FUENTES.—Continuación de Fredegario. *Annales laurisesenses majores*, edición Kurze en los *Scriptores rerum germanicarum in usum scholarum*. Eginardo, *Vita Karoli*, 1-3. *Clausula de Pippini consecratione*, en los *Scriptores rerum merovingicarum*, tomo I, págs. 465-466. *Codex Carolinus. Vita Stephani II*, en el *Liber pontificalis*, tomo I.

OBRA DE CONSULTA.—Respecto del advenimiento de Pipino: Löbell, *De causis regni Francorum ab Merovingis ad Carolingos translati*, 1844. Pfahler, *S. Bonifacius und die Erhebung Pippins auf das fränkische Königthum*, 1879. Fustel de Coulanges, *Les Transformations de la royauté pendant l'époque carolingienne*, 1892. Contra la consulta del papa Zacarías véanse los artículos de Mury («Revue des Questions historiques», tomo II, 1867), Uhrig (Leipzig, 1875), Crampon («Memoires de l'Académie d'Amiens», 1878). Respecto del patriado de Pipino, léase Bayet, *Le voyage d'Etienne III en France* («Revue historique», tomo XX) y Freemann, *The patrician of Pippin* («English historical Review», 1889.—Acerca de las expediciones á Italia: Knaake, *Aistulf, König der Langobarden*, 1880. Hubert, *Etude sur la formation des Etats l'Eglise* («Revue historique», tomo LXIX). Duchesne, *Les premiers temps de l'Etat pontifical*, 1898. En cuanto á la Aquitania: Bladé, *Fin du premier duché d'Aquitaine* («Annales de la Faculté des lettres de Bordeaux», 1892). Drapeyron, *Essai sur le caractère de la lutte de l'Aquitaine et de l'Austrasie*, 1877.

y sólo los vemos mencionados en las cartas y en los privilegios, á pesar de lo cual esa realeza moribunda veíase aún defendida por el respeto que á sus súbditos inspiraba: «Los francos atribuían á sus cabelludos reyes un carácter sagrado y agradábales cantar las leyendas creadas en torno de la cuna de su raza.» Por esta razón, en el Campo de marzo de 743, Carlomán y Pipino dieron el título de rey á un merovingio, Childerico III, en cuyo nombre gobernaron juntos. Este fué el último homenaje rendido á la antigua dinastía por la familia que iba á sucederle.

En 751 la paz reinaba desde hacía dos años, y Pipino era el único señor del Estado; entonces se realizó la revolución. En aquella fecha el hijo de Carlos Martel tenía treinta y siete años y era un verdadero hijo de la Iglesia: bautizado por Willibrord y ahijado de Raganfredo, el futuro arzobispo de Ruán, había recibido en el monasterio de Saint-Denis, al que después colmó de beneficios, una educación que al parecer había dejado en él cierta afición á las letras sagradas y profanas, como lo prueba el hecho de haber enviado á buscar á Roma libros griegos (lo que no quiere decir que conociera esta lengua), una geometría y tratados de Aristóteles. Había demostrado su adhesión á la Iglesia colaborando en la reforma dirigida por Bonifacio; jefe de los guerreros al mismo tiempo que protector de los obispos, era verdaderamente el rey, y un diploma de 742 le llama «aquel á quien el Señor ha confiado el cuidado de gobernar.»

Pepino, que, según parece, era un hábil político, temeroso de provocar resistencias si usurpaba la corona de los Merovingios, preparó con gran prudencia el advenimiento de la segunda dinastía. «Previos el consejo y el consentimiento de todos los francos,» una embajada compuesta de Fulrado, abad de Saint-Denis, y de Burchardo, obispo de Wurgburgo y uno de los discípulos de San Bonifacio, se presentó al papa Zacarías para consultarle «acerca de los reyes que entonces existían entre los francos y que ostentaban el nombre de rey sin tener la autoridad real.» Zacarías, griego de Sicilia, que era también un político sagaz y que sabía los servicios que los príncipes francos habían prestado y podían prestar todavía á la Iglesia romana, contestó que «valía más llamar rey á quien tenía el poder que á quien se hallaba desprovisto de él.» Y dice un analista que «para que no se turbara el orden mandó, en virtud de su autoridad apostólica, que Pipino fuese nombrado rey.»

Es poco probable que el papa diera tal orden, y es más de creer que se contentara con responder á la consulta tal como le había sido formulada. Pipino, en cuanto hubo recibido aquel parecer favorable, convocó una asamblea del pueblo franco en Soissons, y en noviembre de 751, «por la elección de todos los francos, por la consagración de los obispos y por la sumisión de los magnates, fué elevado al trono, junto con su esposa Bertrada.» Childerico III y su hijo Thierry fueron rasureados y enviados el uno al monasterio de Saint-Bertin y el otro á Saint-Wandrille, desapareciendo con ellos los Merovingios. Bonifacio, rodeado de los demás obispos y de los «sacerdotes de las Galias,» había tal vez representado en la asamblea de Soissons á la Santa Sede y consagrado al rey y á la reina.

El nuevo monarca demostró su gratitud á la Iglesia

TRANSCRIPCIÓN DEL FACSIMILE DE UNA SENTENCIA DICTADA POR PIPINO EL BREVE EN 20 DE JUNIO DE 750

(PARÍS, ARCHIVO NACIONAL, K. 4, NÚMERO 7)

✠ Cum resedisset inluster uir pippinus maiorem domus attiniaco in palacio publico ad uniuersorum causas audiendum uel recta iudicia termemandum ibique ueniens fulradus abba de monasterio sancti domni dionisii ubi ipsi preciosus dominus in corpore requiescit aduocato ragane abbatissa nomine legitimo interpellabat repetebat ei eo quod ipsa ragana uel agentis monasterii sui septemolas res sancti dionisii post se malo ordine retenebat iniuste in loco qui dicitur curbrius in pago tellau quem chairebaldus et coniux sua aillerta per eorum testamentum ad casa sancti dionisii condonarunt sed ipsi legitimus ibidem ostendebat cartas de nomine francane qualiter ipsas res ad septemolas condonassit unde et nos acc causa pro ueritate inuestiuimus quod ipsas ad casa sancti dionisii aderant et ipsi legitimus nulla habuit quod contra ipsa instrumenta sancti dionisii dicere aut opponere dibuissit unde et de menta in omnibus ueraces esse dixit et postea per suo uuadio ipsi fulrado abbat de ipsas res in curborio per suo uuadio in causa sancti dionisii uisus fuit reuestisse et per suo fistugo sibi exinde dixit esse exitum tam pro se quam pro ipsius raganam abbatissa uel agentis monasterii sui septemolas proinde nos fidelibus nostris id sunt nibulfo dadone diddone chagnerico braicone et uineram qui in uiccomete palate nostro adistare uidebantur uel relicus quam pluris uisi fuemus iudicasse ut dum ipsi legitimo aduocata ragane abbatissa de monasterio septemolas in presente adistabat et nulla potuit tradere rationis per quid ipsas res sancti dionisii in curborio ipsa ragana aut agentis sui habere dibuissit et de presente fulrado abbat exinde per suo uuadio uisus fuit reuestisse et per suo fistugo sibi exinde dixit esse exitum Propterea iobemus ut dum ac causa sic acta uel perpetrata fuit ipsi fulradus abba uel casa sancti dionisii seo successoris sui ipsas res in curborio de quantum quod chairebaldus et coniux sua aillerta per eorum instrumentum manas postestadiuas ad casa sancti dionisii condonarunt contra ipsa raganane abbatissa uel agentis monasterii sui septemolas uel in contra ipsius legitimo seo successoris corum habit euindicatus adque elidiatas et sin inter eos in postmo dum ex ac remneque tempore subita causacio

✠ Uuineramus recognouit et subscripsit

datum quod fecit mensis iunius dies uiginti annum nono . . . . childerico rege







tomando bajo su protección numerosos monasterios á quienes enriqueció con sus donativos y entre los cuales figuraban en primera línea los de Saint-Denis, Saint-Calais, Prüm y Saint-Wandrille. En 753 dirigió una expedición contra Sajonia y avanzó hasta el Weser; los sajones prometieron guardar fidelidad, pagar tributo y recibir á misioneros cristianos.

Durante este tiempo, el papado corría grandes peligros. A Liutprando había sucedido Ratchis, pero este príncipe, religioso y pacífico, se retiró al monte Cassino y su hermano Aristulfo, que ocupó el trono de los lombardos, reanudó los ataques contra Roma y contra Ravena. Muerto Zacarías, sucedióle en 26 de marzo de 752 Esteban II, el cual reprodujo cerca de Pipino el paso que cerca de Carlos Martel había dado Gregorio III y le suplicó secretamente que le enviara á buscar por dos hombres de su confianza, misión que el rey encomendó á Crodegango, obispo de Metz, y al duque Autcario. El día 14 de octubre de 753, Esteban II salió de Roma en compañía de los representantes del emperador y del rey de los francos y se encaminó á Pavia, en donde se avistó con Aristulfo, que no quiso atenderle. El 15 de noviembre la comitiva pontificia, de la que se habían separado los representantes del emperador, dirigióse á los Alpes y pasó esta cordillera por el collado del Gran San Bernardo; en Saint-Maurice, el papa encontró á Fulrado, abad de Saint-Denis, y al duque Rothardo, los cuales le dieron la bienvenida en nombre del rey de los francos.

El encuentro con éste se verificó en Ponthión, en 6 de enero de 754. Pipino, que había enviado á su hijo Carlos, el futuro Carlomagno, para que saliera á recibir al papa á una distancia de cien millas, cuando supo que Esteban se aproximaba, adelantóse y su corte y al avistar al pontífice echó pie á tierra y con su familia anduvo al lado del caballo de éste. El cortejo entró en la villa real en medio de himnos y cánticos, y como era la fiesta de la Epifanía, penetró en la capilla y arrojándose á los pies de Pipino le conjuró «á que defendiera la causa de San Pedro y de la República romana,» á lo que Pipino contestó jurando que haría cuanto pudiese para libertarle de los lombardos. Esteban II permaneció todo el invierno en Saint-Denis, y en el otoño siguiente reunióse en Berny ó en Quierzy la asamblea de los francos, en la que el rey decidió, de acuerdo con los allí congregados, que próximamente emprendería una expedición á Italia.

A pesar de las precauciones adoptadas, no se había realizado sin dificultades la transferencia de la corona de los Merovingios á los Carolingios, puesto que antes ó después de la asamblea de Soissons se produjeron algunos disturbios. En 28 de julio de 754, Esteban II consagró en Saint-Denis á Pipino, á la reina Bertrada y á sus hijos, y luego prohibió á los francos, bajo pena de excomunión, que en lo sucesivo eligiesen rey fuera de esta familia «que había sido elevada por la piedad divina y consagrada, por la intercesión de los santos apóstoles, por las manos del vicario de éstos, el soberano pontífice.»

El ungimiento de los reyes con el óleo santo, ceremonia tomada de la sagrada antigüedad y que se practicaba en España entre los visigodos y en Bretaña primero entre los bretones y después entre los anglo-

sajones, era desconocido en la Galia. La consagración, que los Merovingios no habían recibido, daba á la monarquía carlovingia una dignidad y un poder nuevos: un rey que como Pipino debía su potestad á una elección, por otra elección podía perderla; en cambio, desde el momento en que se veía consagrado, era el elegido del mismo Dios y revestía una especie de carácter sacerdotal indeleble: *Tu es sacerdos in æternum*. En el curso de la historia carlovingia y en el comienzo de la de los Capetos veremos cuáles fueron los efectos políticos de la costumbre de la consagración. Pipino, por de pronto, gusta de recordar que es el elegido del Señor y que su poder es de origen divino.

También en Saint-Denis, en 28 de julio de 754, Pipino y sus dos hijos fueron nombrados por el papa «patricios de los romanos.»

El patriciado era una dignidad bizantina creada por Constantino, que los emperadores conferían á aquellos de sus súbditos que habían desempeñado altos cargos en el Estado, ó á los príncipes extranjeros á quienes querían conceder una distinción; Odoacro, Teodorico, Segismundo y acaso Carlos Martel habían sido agraciados con

este título; Clodoveo había sido cónsul. La concesión á los reyes bárbaros del manto, del anillo y del arco de oro era un medio para halagar su amor propio y conseguir su alianza. El patriciado no era, sin embargo, una magistratura real y efectiva, de modo que Pipino no adquiría con él el derecho de intervenir en la administración de la ciudad de Roma y ni siquiera adoptó nunca en sus diplomas el título de patricio; pero en cambio ponía al que de él disfrutaba en relación con las antiguas potencias, con la sede romana, con el Imperio, y acababa de borrar su cualidad de advenedizo.

De suerte que el papa había aumentado y realzado la dignidad del rey de los francos; pero estas mercedes no eran gratuitas. En efecto, la alianza del trono y del altar, como se dirá andando el tiempo, comienza verdaderamente en aquella fecha, y esta alianza implicaba una reciprocidad de servicios. El papa, en reiteradas instancias, pidió en seguida la recompensa: en cartas expedidas por la cancillería pontificia con posterioridad al año 754, se habla sin cesar de los deberes contraídos por el príncipe ungido del Señor, y en ellas se dice que el propio San Pedro es quien ha consagrado á Pipino á fin de que la Iglesia fuese por él exaltada, constituyéndole en «libertador y defensor de la misma.»

Sin embargo, la política impuesta á Pipino por todas estas circunstancias encontraba viva oposición entre los magnates, los cuales veían en los lombardos un pueblo aliado y amigo y no tenían ganas de guerrear para libertar á la Iglesia romana (1). Pipino, en un principio, trató de evitar esta guerra, y á este efecto envió desde

(1) Al mismo tiempo que Esteban II, había salido de Italia el hermano del rey, el monje Carlomán, por orden de su abad, dícese que para disuadir á Pipino de una intervención contra los lombardos.



Sello de Pipino  
(Archivos nacionales, París)